

amor le atrapa entre sus redes, como presa fácil, se apodera de sus sentidos, de su imaginación y de sus facultades afectivas, se quita la venda y se la ciñe á su víctima y la inmola, como se inmolaban á Vénus las palomas y los gorriones, para mantener el culto del amor, alma del mundo.

Ya seguiremos á estas víctimas en su carácter de mariditos al través de las infinitas vicisitudes y amarguras á que inocentemente se condenaron al entrar á la vida.

Este es, el espíritu del presente libro, del que sería el galardón máspreciado, desbaratar algunos matrimonios, concertados sin la juiciosa y necesaria intervención del sentido común.



LOS MARIDITOS

CAPÍTULO I

Las buenas de las mamás

EN la mayor parte de las casas que prestan alguna comodidad y tienen alguna amplitud hay una pieza que se llama *la Asistencia*; generalmente está hácia un lado de la entrada y se comunica por una parte con las recámaras y por la otra con el comedor.

Los muebles que la decoran son

por lo regular los remozados, los de segunda clase y de la moda pasada; suele haber un piano viejo, relegado por la adquisición de uno mejor para la sala. En la asistencia se recibe á los parientes y á las personas de confianza se ajustan los criados, se reciben y se dán recados, se sientan las personas que esperan al amo ó á la señora, y hasta sirve de taller á la costurera.

La asistencia es el cuartel general de ciertas señoras mayores, visitas de la casa, pero que casi nunca entran á la sala.

En la asistencia de la casa á que nos vamos á referir, es en donde soltaba la lengua la Sra. Lopez. Le parecía que allí estaba de confianza, porque á la Sra. Lopez no le gustaban etiquetas ni cumplimientos; era muy llana y muy francota según ella misma decía.

A eso de las diez una mañana entró

la recamarera al tocador de la señora.

—¿Qué se ofrece?

—Buscan á usted.

—¿Quién?

—La señora López.

¡Ave María Purísima! murmuró entre dientes la señora, y luego agregó:

—Que pase.

—Ya está en la asistencia.

—Díle que allá voy.

La señora no apresuró su tocador; lo cual quería decir que sabía con quien tenía que habérselas.

La señora López, ó Luardita, como le decían en la casa, era un individuo que pertenecía al bello sexo, porque á alguno había de pertenecer. Era una señora con ese color magro indefinible, formado, parte por los años, parte por derrames biliosos, y parte por la raza. Era lo que se llama una *triguena al óleo*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1921

En cuanto á facciones, tenía las de todo el mundo.

A todas las gentes con quienes se ponía en contacto, les parecía que ya la habían visto antes.

Aunque la curva es la línea de la belleza, pero eso es según quien lo maneje; porque Doña Lugardita estaba exactamente hecha á curvas, pero no eran precisamente las de la belleza, sino las de Doña Lugardita; curvas salientes que no servían para realzar las entrantes sino para servir de base á otras y otras hasta formar un cielo aborregado... Así eran las curvas de Doña Lugardita; á la curva de la barba sucedía la curva de la papada, y á esta la curva del cuello, y luego la curva de... en fin era una señora aborregada. Esto la ponía en relación con su ropa que á fuerza de uso se amoldaba á las curvas, como las personas se amoldan

á las circunstancias. Su ropa no hubiera podido vestir á nadie más que á doña Lugardita. Cuando un pliegue encontraba su curva adquiría cierta imperturbabilidad escultórica, el mismo pliegue se hacía al día siguiente y se seguía haciendo siempre.

No hacía ruido al andar. Ostentar tacones hubiera sido salirse de carácter. Doña Lugardita para andar se deslizaba; para sentarse se embarraba en la silla, y de todos modos estaba bien; quiere decir, cómoda, á plomo, instalada y como sin que la corriera prisa.

Vestía de negro desde que murió su segundo marido, época en que abandonó definitivamente los colores; y ha hecho bien por que si hoy la señora López se pusiera un vestido amarillo, nadie la reconocería.

Sin impacientarse esperó á que saliera Conchita, la señora de la casa.

—Aquí me tiene usted, dijo cuando la vió entrar, ya vengo á darle guerra; pero ¡qué quiere V.! aquel muchacho me tiene la vida quitada. Hasta me parece que se está adelgazando; bien es cierto, que él nunca ha llegado á embarnecer apesar del tifo; que luego ya vé V. que cuando les da el tifo á los muchachos, enseguida engordan; pero mi pobre Pepe siempre tan delgadito como V. lo conoce; y luego estos amores... vamos que el muchacho está lo que se llama perdidamente enamorado de la tal Lucecita. Eso si, la muchacha todo se lo merece, porque si la viera V. que juiciosita y que muger de su casa y que... como no se eche á perder con el matrimonio, por que... suele suceder; yo he visto mucho, y unas son las mugeres cuando novias, y otras cuando casadas. Pues como iba diciendo, mi Pepe está... figúreselo V.,

en un brete, él, el pobre, que quisiera tener los tesoros de Montecristo para su boda, y ahí le tiene V. sin destino al pobre. Es cosa que sale desde la mañana, y ya ví á este sugeto y ya vé al otro, y ¿qué más? ya se resigna á colocarse aunque sea fuera de México, en fin, de cualquier cosa, en alguna hacienda, de escribir á la mano, de dependiente, de... vamos, con que el otro día me dijo—mamá, pues aunque sea de boleterero en las tranvías ¿lo creerá V.? ¡Pobrecito de mi hijo! lo que quiere es trabajar, tener donde ganar un peso. Y yo, al verlo tan aflijido, le dije: No tengas cuidado; que mañana voy á ver á Conchita que tan formalmente me ha ofrecido hablarle al Licenciado, y ya sabes que el Licenciado es incapaz de negarle nada á su muger. Como que hay pocos matrimonios como el de V., mi alma.

No había tenido tiempo Conchita de contestar cuando llamaron suavemente á la vidriera, y se dibujó contra la luz del corredor, la silueta de una señora.

Adentro, dijo Conchita, y la vidriera se abrió.

Era otra visita de confianza, porque Conchita, sin pararse, se limitó á tender la mano á la recién venida.

—La señora López continuó señalando á Doña Lugardita. Marianita Quijada agregó presentando á su amiga. Las dos visitas medio se abrazaron y medio se cambiaron sus señas.

Marianita Quijada llevaba un vestido de lana verde oscuro, un abrigoito (visita, de merino negro, y velo mantilla. Se diferenciaba de la señora López en que llevaba bolsa de mano y sombrilla, lo cual revelaba un grado más de cultura y comodidades. También era pretendiente y sus negocios de familia,

como á Lugardita, la traían corriendo de seca en meca; bien es que estas agencias y estas ocupaciones eran no solo su ocupación del momento sino la de toda su vida. Doña Marianita en fuerza de ser locuaz y atrevida, arbitrística y emprendedora, había acabado por resolver el gran problema de su vida. Su marido, que había sido marido, y como tal se había acabado pronto, le había dejado muchos hijos y muchas deudas; por lo demás no le había dejado á sus hijos ni un par de sábanas; pero Marianita que recién viuda no tenía malos bigotes, había sostenido la casa y la familia... ¿con qué? con todo: con la lengua, con los ojos y con los piés, y hasta con el jirón que le había quedado de chisgo y de juventud.

Marianita Quijada tenía que ver con todo el mundo. Afortunadamente tenía

esa letra menuda de las mugeres que se abren paso entre las encogidas, las cortas de génio y las pusilánimes. Cuando se casó, su marido que como hemos dicho era un maridito legítimo, estaba colocado; pero apenas tuvieron dos hijos, ¡adios colocación! el maridito se quedó en la calle. A él se le vino el mundo encima; pero Marianita se le fué encima á todo el mundo y colocó á su marido.

Ya diremos después como Marianita Quijada colocó á su marido porque eso es largo.

Más tarde Marianita Quijada hizo á su hija, la mayor, profesora de primeras letras. Ya diremos después como Marianita hizo profesora de primeras letras á su hija mayor, porque eso también es largo.

Por ahora vamos á ver todo lo que hace Marianita por hacer maridito á

uno de sus hijos, que es de lo que está tratando ahora en casa de Conchita a muger de un señor Licenciado muy servicial, muy bondadoso, muy lleno de recursos, y muy lleno de relaciones en todo México.

Daba la casualidad de que á Marianita y á la señora López las llevaba casi el mismo asunto á la casa del Licenciado. La señora López no quería más que un destino, y con razón, para casarse se necesita tener entre otras muchas cosas un destino; y Pepe lo tenía ya todo, quiere decir novia y amor, todo el amor que se necesita en casos como ese y acaso un poco más; de manera que el destino era lo único que faltaba.

En cuanto á Marianita Quijada, como tiene que hablar personalmente con el Sr. Licenciado, estaba convenido que se quedaría á almorzar, y cuando

hable con el Licenciado será cuando nos enteraremos de sus asuntos, que como sabemos ya, eran cosa de amores y casi del mismo carácter que los asuntos de Doña Lugardita.

Conchita por fin ofreció á ésta que se empeñaría con el Licenciado para conseguir el destino susodicho, sin el cual era casi imposible que se casara Pepito.

—Conque mi alma, exclamó Lugardita, en sus manos de V. está el asunto; yo sé que es V. muy buena y que va á poner toda su influencia y todo su valimiento para conseguirlo; vea usted que la felicidad de mi Pepe depende de V.

—Haré todo lo posible.

—¿Pero cree V. que lo conseguirá?

—Vamos á ver.

—Nada, nada, es seguro, seguro; se lo conozco á usted en la cara, con

que adios mi vida. Pasado mañana vengo á saber la razón, adios, adios Conchita, adios señora; ya sabe V. donde tiene su casa, Lugardita López, una servidora de V. adios, adios.

Y Doña Lugardita salió.

A poco atravesó por la asistencia para ir al comedor el señor Licenciado, y como había tocado una campanilla eléctrica, el almuerzo estaba servido. Escusado es decir que Marianita llevó la voz, siendo la que hablaba más y almorzaba menos.

Anudando el hilo de conversaciones anteriores, la Quijada hizo un relato circunstanciado de como estaba á punto de terminar las cosas, para recibir el dinero; un dinero que por parte de una parienta materna iba á recibir. Corroborada que fué por el mismo Licenciado la circunstancia de que no se había omitido nada ni faltaba ningún

requisito ó formalidad, entró la Quijada de lleno en el objeto de su visita.

No quería más que doscientos pesos por cuenta de su herencia.

—Pero estos doscientos pesos señor Licenciado, decía, hága V. cuenta que son como el comer, como el vivir, como el respirar. Figúrese V. que ya todo está comprometido, que ya no podemos irnos para atrás; y si este matrimonio se aplaza otra vez ¡adiós! ya no se lo que va á suceder. Lo que es Ernesto se pega un tiro; júremelo usted, mi alma, está en un estado que hay que temerlo todo, y lo que es Ernesto, ¡ah, no lo conoce V.! es una fiera; ¡tiene un genio que ya! pero eso sí; en tratándole bien, es una seda.

El Licenciado no había contestado todavía una sola palabra. Parecía más dedicado al beefsteak que á los asuntos de la Quijada, pero en realidad se

había enterado lo bastante de que se trataba de un bocado de doscientos pesos.

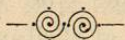
Apenas se separó de la mesa, la Quijada lo siguió con el bocado en la boca, pero sin soltar la palabra, atravesó detrás de él la asistencia y las recámaras hasta el estudio, donde continuó su peroración y donde considerando al Licenciado en sus últimos atrincheramientos, agotó las variaciones de la súplica, los ruegos, las exclamaciones y todos los recursos oratorios, hasta que excitada por el silencio del Licenciado, apeló á la *última ratio* femenil: prorrumpió en llanto.

A esta sazón el Licenciado, que acababa de ver el reloj y de pensar en que no tenía más que cinco minutos para concurrir al Tribunal, tomó de las crispadas manos de Marianita un papel que hacía rato le tendía supli-

cante, y acercándose al escritorio lo firmó violentamente, y se lo entregó. Marianita cayó de rodillas en ademán de besar los pies del Licenciado, á tiempo que llegó Conchita para salvar á su marido. Este le hizo una seña, mientras la Quijada permanecía en el suelo.

—Vamos, Marianita, dijo la señora, está V, servida; pero ya es tiempo que dejemos á Manuel, que tiene que irse al Tribunal.

La Quijada se dejó conducir como desfallecida de emoción y con su documento todavía estrujado entre las manos.



CAPÍTULO II.

Marianita Quijada AT HOME.

No somos afectos á los inglesismos; pero nos parece lícito pedir prestado este *at home* que tiene más extensión que la frase castellana en casa ó dentro de casa.

Marianita Quijada vivía en la mejor vivienda de una casita de vecindad ubicada por Necatillán. Ella era la mejor de la vecindad y llevaba la voz entre los inquilinos como la más expedita y la más chisgarabís de aquellas buenas gentes.